
MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN
El estrangulador

Barcelona, Mondadori, 1994, 267 pp.

La soledad del ser humano ante sus propias obsesiones parece exacerbarse, con puntualidad kantiana, cada fin de siglo. O quizá simplemente se trate de un mitema cronológico que fabula la desorientada frustración del acabamiento y contribuye a la periódica puesta al día de preocupaciones sociales y existenciales que no tienen tiempo.

Reflejándose en un atractivo juego de espejos con moldura *art-déco*, gira al compás de vales vieneses una sociedad decadente que es y no es como aquella otra sociedad de la decadencia del Gran Siglo; aparece y desaparece una ciudad que es y no es Viena, que es y no es Boston, que es y no es... Barcelona. Boston recuerda inequívocamente a Barcelona, porque la ciudad postolímpica también habría de guardar algún punto de contacto con cualquier otro lugar de la tierra habitado por ese *homo problematicus* que quizá no tenga demasiado interés en llegar a saber con certeza quién es, quién resulta ser para los demás o, sencillamente, quién quiere ser. Albert Cerrato, Albert de Salvo, Gustav Klimt recreándose en perfilar el seno de su Dánae. Lo único probable es que el hombre siga siendo un lobo para el hombre, que el hombre sea un loco para el hombre en la neurosis finisecular, palabras no exentas de oscuridad que repite con perversa delectación el protagonista, desde esa privilegiada perspectiva que proporciona un irónico –y teatral– distanciamiento. Pero siempre le quedará Alma, Alma Mahler. Inmarcesible, sofisticada, enigmática, amenazadoramente perfecta, musa áurea del *fin de siècle* vienes.

La literatura actual –*El jinete polaco*, *Juegos de la edad tardía*, *Ella imagina*, *Mañana en la batalla piensa en mí...*– recupera línea a línea el viejo descubrimiento de que la realidad, pozo sin fondo de ilusiones, fingimientos, de-



seos, espíritu lúdico de confusión, amenazada siempre por las trampas mistificadoras de la memoria, acaso nunca existiera. Dentro de esta misma línea, *El estrangulador* sólo parece dejar sin justificación válida alguna práctica colectiva de la desmemoria consciente y despreocupada, mal endémico por estos pagos desde mucho antes del comienzo histórico de la transición, un tema por cierto recurrente en Vázquez Montalbán –*Panfleto desde el planeta de los simios*.

A Manuel Vázquez acaban de distinguirlo con el Premio Nacional de la Crítica por *El estrangulador*. Esas cosas, por justas, siempre se agradecen, pero –como él mismo ha reconocido en una de tantas entrevistas que siempre han de perseguir al infortunado mortal agraciado con el galardón– lo mismo, lo mismo, podrían habérselo dado por cualquiera de sus anteriores novelas.

ISABEL-ARGENTINA FUENTES HERBÓN

